DE BALADAS DE LA CABANA

Esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada.
A enterrar la llevaron hoy en la madrugada,
y la han dejado sola, sola y abandonada.
En el féretro, sola, la dejaron cerrada.

Gozosos regresaron a la nueva alborada
y uno a uno cantaron alegres melodías:
«Esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada».
Y se fueron al campo como todos los días...

EL LAZO DE AMOR

¿Por qué anudar la pasioncilla?
¿Vale acaso la pena amar?
El cable está roto, chiquilla.
¿Fuiste tú quien tiró de más?

Dí: ¿Fuí yo? ¿Fué otro? ¿Fué acaso
el buen Dios de la cristianidad?
Reventóse el cable, es el caso,
y no hallamos a quién culpar.

¡En tantas almas Amor pesa!
¡Va tantas naves a amarrar!
¡Tantos anillos atraviesa!
¿A quién vamos la culpa a echar?

¡Cuántos sobre el mismo pecado
en la tierra tirando están!
¿Tal vez Amor es el culpado
si la cuerda gastóse ya?

¿A qué anudar la pasioncilla?
¿Vale acaso la pena amar?
Reventóse el cable, chiquilla,
y eres tú quien tiró de más.

LOS DOS ENLUTADOS

Balada

Los dos enlutados, la reina y el rey,
se van por el bosque al anochecer.

Porta collar ella; él, áureo toisón.
—«Tu collar te vuelvo, murió nuestro amor.»

—«Me has amado, reina, ¿lo podré olvidar?
Toma el toisón de oro y guarda el collar.

De la Luna al brillo, y al leve rumor
del bosque, cambiemos nuestro último adiós.»

Una sombra torna el castillo... Huyó
otra por la selva, y un oro brilló.

Ya se ha dicho todo... ¿Diré cosa alguna
de amores difuntos en noches de luna?

¿Diré que, impasible, el cielo no cuida
ni de nuestros sueños ni de nuestra vida?

Amad—y en el cielo la borrasca truena—
sufrid—y la Luna ríe de la pena—.

Sobre amores muertos, se engalana el cielo.
¡Ejemplo divino de amores eternos!

De tristeza muere aquí la canción—.
«Un rey y una reina juráronse amor.»

De tedio se muere aquí la canción—.
«Amores terrenos, ¡cuán pequeños son!...

ALBERT SAMAIN

PANNYRA

Un silencio ha cruzado por el salón sonoro...
Sale a bailar Pannyra, de talones de oro;
un manto de mil pliegues la cubre toda entera.
Con argentino trémolo, la flauta es la primera
en invitarla; baila, entrecruza sus pasos,
y al lento movimiento que le imprimen sus brazos
un caprichoso ritmo por la veste circula,
que se ensancha y se infla, que se ahueca y ondula
en rudo torbellino o en nube vaporosa...
¡Y Pannyra ya es flama, ya flor, ya mariposa!

En silencio, ante el éxtasis de las miradas pasa;
el furor de la danza la conturba y abrasa;
gira más y más rápida entre el atento coro;
casi apaga su túnica las antorchas de oro...
Súbitamente párase la bailarina; queda
inmóvil, y la veste, que en espiral la enreda,
al suspender sus giros, pliega sus velos blancos
sobre los senos túrgidos y los pulidos flancos,
y muestra, como un agua leve, tranquila y muda,
en divino relámpago, a Pannyra desnuda!...

TARDE

El ángel de la tarde pasa sobre las flores...
La Dama del ensueño canta su melodía
al órgano, y el cielo, al apagarse el día,
prolonga una agonía de exquisitos colores.

En el balcón las vírgenes beben brisas y amores.
El ángel de la tarde va por el alma mía...
Sobre rosas y vírgenes, desciende lenta y fría
una lluvia adorable de nevados blancores.

En el jardín se inclinan las rosas lentamente;
yerra el alma de Schumann, y al cruzar el ambiente,
dice cosas muy vagas de una incurable pena...

No sé dónde, una niña va a morir, dulce y buena...
Alma, pon un registro en tu libro de horas;
va a recoger el Angel el ensueño que lloras.

EL ALMUERZO PREPARADO

Hija mía, levántate, pues que el amo ya vino;
deja lana y aguja; en la mesa de encino,
que recubren manteles de pliegues albeantes,
pon la clara vajilla y los vasos brillantes.
Sobre hojas de parra y en la redonda fuente
de asa en cuello de cisne, coloca diligente
los duraznos de virgen terciopelo forrados,
y racimos azules con racimos dorados.
De pan cortado hinche las canastillas; deja
la puerta bien cerrada; que no quede una abeja.

Afuera, el sol abrasa y reverbera el muro;
entorna las ventanas, y todo quede obscuro
para que, bajo el manto de la sombra, la oliente
mesa llena de frutos embalsame el ambiente.

Baja por agua al patio, y cuida que la roja
cantarilla de barro que el agua fresca moja
guarde por largo tiempo, lentamente fundido,
en sus helados flancos el vapor suspendido.

MIRTILO Y PALEMONA

Mirtilo y Palemona, amor de los zagales,
jugando se persiguen por entre los rosales,
y hacen huír ante ellos en algaradas locas
el solemne y estúpido desfile de las ocas.
Mirtilo a Palemona ha vencido en el juego;
ella ríe; él la abraza con abrazo de fuego;
tiembla cuando sorprenden sus manos atrevidas,
bajo la leve tela, formas desconocidas,
y las combas nacientes de los senos desnudos
saltan como dos frutas entre sus dedos rudos.
Cesa el jugar... En su alma un misterio se inicia,
y, grave, sigue y sigue la empezada caricia.

XANTHIS

Al matutino fresco treme la hierba fina;
en un vapor ligero se envuelve la colina,
y de árbol en árbol, en las ramas cortadas,
lanzan su intacto brillo las hierbas irisadas.
Xanthis, cabe la onda que arruga el aire agreste,
ya dejó las sandalias y se quitó la veste,
y, apoyada en el tronco de un abedul, se inclina
para pedir su imagen al agua cristalina.
Cae su trenza a un lado desde el cuello hasta el anca,
y, blanca, ella sonríe a aquella imagen blanca...

Admira sus pulidas caderas, la hermosura
de sus brazos, del seno, de la estrecha cintura,
y su mano, que anima una noble decencia,
cubre con velo púdico su joven inocencia.
De pronto, lanza un grito la selva estremecida;
tiembla de miedo Xanthis como la corza herida,
y es que miró en los fieles espejos de la onda
al sátiro cornudo que lascivo la ronda.

LA RANA

Va a recoger un fruto de la hierba que pisa
Cloris, cuando, de pronto, una rana divisa
medrosa y diminuta que ante el amago fiero
súbita se distiende cual resorte de acero.
En un rápido impulso, abre y cierra las patas,
brinca por los fresales, se escabulle en las matas,
y a sus hermanas busca, que en la quieta laguna,
husmeando el peligro, se echaron una a una.
Van diez veces que Cloris, en la caza animada,
la cogió con la mano bruscamente cerrada;
pero más diestra que ella, al sentir que la pilla,

de los dedos diez veces se escapó la ranilla.
¡Al fin, Cloris la tiene! ¡Cloris canta victoria!
¡Cloris, de azules ojos, de su madre es la gloria!
Bajo el sombrero amplio, ríe su gracia al cielo,
y su melena rubia, como doble arroyuelo
cubre de velos áureos sus mejillas, y evoca
la más clara sonrisa sobre la fresca boca.
Ella curiosa observa; se estremece un instante
al contacto del cuerpo helado y palpitante;
la rana mira y tiembla; la mano se aventura,
y Cloris tiene lástima de la débil criatura
cuando latir de espanto entre los dedos siente
aquel corazoncillo apresuradamente.

FRANCIS JAMMES

BUEN AMIGO, FIEL PERRO...

Buen amigo, fiel perro, has muerto de la odiada
muerte, de la temida, de la que te escondiste
bajo la mesa tanto... Tu amorosa mirada
se ha clavado en la mía en la hora breve y triste.

¡Oh, vulgar compañero del hombre, sér divino
que al hambre de tu dueño gustoso compartías,
que acompañar supiste el pesado camino
del ángel Rafael y del joven Tobías!

¡Oh, servidor, qué ejemplo me has dado tan seguro:
tú, que supiste amarme como a su Dios un santo!
El profundo misterio de tu cerebro obscuro
vive en un paraíso de inocencia y de encanto.

Señor, si llega el día que me llevéis clemente
a veros cara a cara por una eternidad,
haced que un pobre perro contemple frente a frente
a aquel que fué su dios entre la humanidad.

LA JOVENCITA ENFERMA

La jovencita, un poco enferma, me sonríe
y me pregunta: ¿Es cierto?
Ella es muy inocente, y lleva una argollita
plateada en el dedo.

Miro cerca, muy cerca de mí su cuerpo endeble,
me inclino sonriendo
e interrogo: ¿Qué dice la madre superiora?
¿Ya no está en el convento?

He sabido—responde—que ha poco la cambiaron
—o algo que no recuerdo;
y al hablar, la chicuela parece de una rosa
el botón entreabierto.

Usted - dice—... Y no acaba la interrumpida frase,
y guardamos silencio.
¿Se siente usted acaso peor que en otros días?
—le pregunto muy quedo.

—No; me duelen un poco los brazos esta noche...
—No es nada—le contesto—;
se ve mejor—. Y ríe en sus ojos un rayo
luminoso y discreto.

La enfermita parece la muñeca de un niño
—de algún niño opulento—.
Es delgada y, no obstante, bajo su chal comienza
a dibujarse el seno.

EL ASNO DEL DOMINGO DE RAMOS

No temas, hija de Sión: he aquí que tu Rey viene sentado sobre el hijo de una pollina.

(*San Juan. Zacarías.*)

Pacía con mi madre la hierba azul del prado,
de un sabor como nunca acre y azucarado.
Sobre el cielo sin mancha, en trazos incisivos,
se alzaba el verdinegro Monte de los Olivos.
Pastábamos desde antes de que rayara el día;
el globo de la luna poco a poco perdía
su luz, del sol naciente en las tintas bermejas.

Todo estaba tranquilo. Se oían las abejas,
el canto del arroyo chocando en los ribazos,
y nuestro ramoneo como tijerazos.
Mi madre estaba atada, yo libre en la pradera.
Ella, en pie, meditaba bajo de una palmera.

Por el azul cruzaron dos palomas en vuelo.
Las vi: sentí la vida con íntimo alborozo
y—las patas al aire—me revolqué en el suelo.
... De pronto, oí a mi madre que lanzaba un sollozo.
No era el cotidiano rebuzno, era un gemido
que desgarraba el cielo, hondo, desconocido.
Mi alegría trocóse en dolor de repente.
Y la vida seguía su curso dulcemente:

Brincaban saltamontes en la hierba aromática;
un gato, frente a un perro, en actitud extática,
vigilábalo inmóvil, con el pelo erizado.
Bien pronto, los discípulos vinieron hacia el prado
y a mi madre desatan: vi que ella los seguía
tranquila y dócilmente, como que ya sabía
el asna, de pupilas como la noche bellas,
que aquel deber estaba escrito en las estrellas.
En cuanto a mí, inocente, tienden una mantilla
sobre mi flaco lomo revolcado de arcilla,

y contento, admirado y distraído, eché
a andar.

Así llegamos, al fin, a Bethphagé.
En la pequeña plaza, multitud bullanguera
contaba con los dedos en debate animado.
Un muchacho tocaba un pito de madera.
Alguien dijo: «Al Maestro anunciad que han llegado.»
Un joven, de un tabuco se asoma en el umbral.
Creí tener enfrente una luz celestial
que hizo cerrar mis ojos confuso y aturdido.

Se acercó recogiendo la orla del vestido.
Y dijo entre sonrisas: «Dejad al inocente
animal que sin cuerda se vaya libremente
al campo en que pacía.» Así dijo el Maestro
hablando de mi madre que aun guardaba el cabestro.
Sentí sobre mi frente un gran soplo pasar
y tan sólo fuí dueño de gemir y temblar.
¿Qué cosa iba a pasarme? Yo nada comprendí.
Hubo un silencio. Luego, Dios montó sobre mí.